

# Quico Quirós, pintor de la síntesis nacional

Palabras en su homenaje.

Para hablar de Quico Quirós tengo que retrogradar mis palabras al momento en que tropecé con el "Manifiesto del Constructivismo", pues su hallazgo me dio la totalidad de la clave de los pintores que antes de manchar el lienzo, escarban la síntesis de su propia obra. Sólo así es posible alcanzar una dimensión nacional, continental o mundial. Este pequeño folleto fue escrito en el año 1930, en un francés ligeramente macarrónico, porque Joaquín Torres García, de nacimiento uruguayo, llegado a París a los diecisiete años y autor de una nueva interpretación de la pintura, manera a la que llamó "Constructivismo", tenía al entrar en la vejez gloriosa "un aire milenar que lo cubría como un antiguo manto transparente y sagrado". Al ritmo de las ideas de Platón y de Pitágoras pareciera —dicen sus alumnos— que en él se verificaba "la trasmigración de almas al través de varios seres inubicables". Era, en el fondo, un retornar a las ideas eternas. Algunos siquiátras —posiblemente idiotas— le diagnosticaron padecer de "una locura muy interesante". Pero lo que ocurría, era la conducción de su pintura al extremo de la sencillez y del simbolismo. Así anunció: "El verdadero arte está en saber trazar dos rayas y nada más".

Físicamente parecía una réplica de las "barbas de chivo" de Shaw o de Valle Inclán. Pero en realidad anunció prematuramente que: "El hombre de las catedrales ha pasado; el hombre de hoy construye máquinas, grandes puentes metálicos, enormes trasatlánticos y usinas". E inmerso en este terrible compromiso buscó una síntesis que conjugara las piedras de una catedral románica con los hierros de una locomotora".

Decían sus alumnos que la explicación de tales desafueros estaba basada en la existencia de la "Gran Tradición Universal", nacida en el neolítico, para interrumpirse y soterrarse durante el Renacimiento y florecer de nuevo, tímida y contradictoriamente, a partir de Cezanne". No faltó quien asegurara que la "Gran Tradición Universal" (posiblemente remontada a las Cuevas de Altamira) era, en parte, una creación del mismo Torres García.



José María Cañas

—0—

Mi contacto con aquel glorioso anciano fue póstumo y lejano. Regresado a su patria (Picasso está bien en París; —dijo—; yo me quedo en Montevideo) murió de cáncer el 7 de agosto del año 49. Y en la agonía, dicen sus alumnos, que daba la impresión de una fuerza tremenda y temible ya moribunda. José Bergamín dijo cuando lo vio; "Parece un toro enfermo".

Este largo y engorroso introito no me ha sido posible soslayarlo, porque pienso que la época actual —y quizás todas las épocas— han necesitado en el campo pictórico, la síntesis lo cual ya de por sí coloca a los pintores en el mismo orden de los filósofos dentro del pensamiento hegeliano.

Buscar y hallar la esencia de las cosas, el objeto, el paisaje, el alma popular, es por ello el Oriente de los artistas que han de traspasar los años. Conforme el mundo se complica y enreda, es más necesaria la visión completa, espectral de una realidad que ya estamos a punto de no entender. Esto es lo que me hace darle gran importancia a la síntesis pictórica, pues se me antoja, y es sólo un antojo pagano, el creer que la profundidad y sencillez del esquema aumenta su poder dinámico. Creo que en materia de arte, el adorno en las artes silenciosas (excluyo por supuesto la música, la poesía y la novela)

resta vigor de expresión al mudo lenguaje de los colores y las figuras. Me parece atisbar que Goya es el arranque de toda la pintura, y antes de Cezanne, que vino a poseer una dinámica aterradora.

En Costa Rica, Quico Quirós es el punto señero por cuanto realizó el milagro de construir nuestra propia y auténtica síntesis pictórica nacional. Su obra se abre en dos sentidos, como hacedor de una interpretación del terruño, y como maestro e impulsador del hacer pictórico nacional, creando escuela forzando alumnos, empujando a los remolones, armando exposiciones como las del "Diario de Costa Rica" en los años de la década del 30. Es pues un creador y un constructor. La gran faena le lleva desde los 30 años hasta cerca ya de los ochenta, en que la vida lo coloca en una pausa de la gran marcha. Enamorado de la patria en sí, sintiéndola como modesta, profunda en sus signos humanos y bella en sus tonalidades, dióse a caminar y pintar como quien se emborracha. Todos los rincones guardan su mensaje; en cada esquina, el perfil humano, el claro cielo, la rutilante estrella y el cielo anubarrado; amontonándose va la obra multivariada, patética, hasta ponerse al margen de toda discusión. A su esfuerzo humano, a su furia patriótica por engrandecer el cultivo de una disciplina difícil, débese el auge que hoy tiene en la patria la pintura, así como la legión de aprendices que viven enamorados de ella. Un artista que dedica su vida a encontrar la síntesis del alma nacional, la plasma y la enseña y convoca a su alrededor los dispersos valores que la vida disemina, merece cien homenajes más importantes que este, modesto y recatado como todo lo de esta casa.

De él queda su obra arquitectónica, no inferior a la pictórica. Ermitas de enanas dimensiones pero de encantador jalbegue; inmensas fábricas de gótico, en las faldas de Monte Redondo; casas de habitación que lucen en la ciudad capital y que conservan un sello de lozanía y sencillez.

El Instituto Costarricense de Cultura Hispánica anuncia, por mi medio, la entrega al gran maestro, y al gran artista, de un modesto pergamino calzado con las firmas de los que laboran en esta casa. Quico Quirós es un costarricense ilustre, y es más ilustre por serlo en el arte. Saludamos en él al viejo compañero de luchas, de esperanzas y de caídas. Pero nos reconforta que seamos nosotros, junto con todo el país, los que le rindamos el homenaje de nuestro respeto y devoción en esta noche y con motivo del día de la patria.

—0—

Porque Quico Quirós, para todos nosotros, está cubierto también como el uruguayo genial: "por un aire milenar que lo envuelve como un manto sagrado y transparente.